

EL PUEBLO

Semanario Católico.

Con autorización competente.

Se reparte los domingos.

Dirección: San Vicente, 9.

NUESTRO PRELADO

Cuando veas, lector, estas líneas, seguramente estarás ya noticioso de las esclarecidas virtudes y relevantes méritos del egregio Purpurado a quien ellas se refieren.

Pero así como no cansa ver una y otra vez el mar y cuanto más se mira más se ensancha el ánimo ante su grandiosa inmensidad, así agrada, mejor aún, cautiva considerar y recordar la prez y gloria, la corona y el galardón, el renombre y justa fama alcanzados en rudas y nobles lides por aquellos esclarecidos varones que se alzaron sobre el nivel de los mortales, alcanzando el título de grandes, cual sucede con nuestro egregio Arzobispo.

Viene él a ser digno continuador de la serie de inclitos varones, pléyade de santos y sabios, políticos y guerreros, estadistas y sociólogos que encumbraron, hasta hacerla famosa cual ninguna, la primacial Iglesia toledana, y trae para ello tantos títulos y méritos como ella merece.

Primeros años.

En Oviedo nació D. Victoriano Guisasaola y Menéndez el día 21 de Abril de 1852. Viene, por tanto, a regir los destinos de esta Archidiócesis con todas las energías de la edad viril y las lecciones de la experiencia, acaudalada con los ricos tesoros de la ciencia y la meditación.

Sus primeros años se inspiraron en los altos ejemplos de heroicas virtudes vistos en su señor tío, el Arzobispo de Santiago D. Victoriano Guisasaola, de felicísima memoria. Y en la constancia, intrepidez y serenidad de este varón, ilustre por tantos títulos, debió inspirar la grandeza de su vida el que después tendría ocasión de admirar a todos desde los más elevados puestos de la jerarquía eclesiástica. Pero vayamos despacio.

Sintiéndose nuestro biografiado con vocación para la austera vida eclesiástica, ingresó en el Seminario de Oviedo, y en él mostró los primeros esplendores de su privilegiada inteligencia, ocupando los primeros puestos en ciencia y virtud, hasta que clausurado el Seminario con motivo de los luctuosos sucesos de la revolución, que terminó con el destronamiento de Isabel II, pasó a la Universidad, donde recibió con la nota de sobresaliente la licenciatura en Derecho civil. Después pasó a esta ciudad de Toledo y tras un curso de brillantes estudios, tomó en nuestro Seminario Conciliar de San Ildelfonso con la más honrosa censura, el grado de Doctor en Sagrados Cánones. Era esto el año 1876.

En aquella época adquirió fama justísima

de escritor y polemista culto y prestigioso, demostrando en sus múltiples artículos polemísticos y didácticos, publicados en *El Noticiero*, *La Unidad*, *Eco de Asturias* y otros muchos periódicos, el estilo ameno y vigoroso que después ha triunfado brillantemente en sus famosas pastorales.

me, mereció la incomparable honra de ser ungido Sacerdote por aquellas mismas benditas manos de su señor tío, Obispo entonces de Ciudad Real, que coronaba con tal acto el magnífico y espiritual edificio que años antes comenzara a levantar, más con sus ejemplos que con sus palabras,



Adiestrado en estas lides, palenque de su ciencia y de su fe, se fué perfeccionando a la vez el Sr. Guisasaola en ese conjunto de virtudes y cúmulo de disposiciones morales y cívicas precisas en cuantos llamados por Dios para el Sacerdocio, han de entrar en él dignamente; y una vez que en todo ello dió muestras patentes de superioridad indiscutible, por su actividad y celo, rayanos en lo extraordinario y casi en lo subli-

en el magnánimo corazón del nuevo Sacerdote.

El Sacerdote.

Crecieron en el Sr. Guisasaola, con la dignidad sacerdotal, sus estímulos y aficiones al trabajo y al estudio, y durante el tiempo, que media entre su ordenación y su elevación al episcopado, va dando pruebas sucesivas de méritos y dones extraor-

dinarios en cuantos puestos fueron alcanzando sus muchos merecimientos.

En Ciudad Real fué Beneficiado y Cánónigo Doctoral sucesivamente, siendo a la vez Fiscal Eclesiástico, Vicesecretario y Profesor de Derecho canónico y Disciplina eclesiástica, cargos que le exigían continua labor y asiduidad; pero que no agotaban su laboriosidad asombrosa, dejándole tiempo para fundar y dirigir una de las más simpáticas obras de aquella capital manchega, el Catecismo de los niños.

Pasó después a Orihuela y le fué encomendado el espinoso cargo de Provisor; después fué nombrado Maestrescuela, y por último Administrador de esta misma Diócesis; no teniendo necesidad de encomiar su acierto, porque ya lo publican bien claramente sus rápidos ascensos en dichos cargos, que lejos de proporcionarle descanso, excitaban más y más el celo apostólico, siguiendo el lema de su vida: «*Labora sicut bonus miles Christi.*»

En Santiago de Compostela rigió el Arzobispado en concepto de Vicario Capitular, y su acierto en el gobierno de aquella dilatada Archidiócesis fué recompensado con la Dignidad de Chantre, a que, como justo premio, le elevó la Santa Sede, al ver en el Sr. Guisasaola, no sólo un hombre de gobierno, sino un campeón decidido en toda obra apostólica y social, para lo cual ha sido siempre y es infatigable, teniendo el doble mérito, según dicen los que le tratan, no sólo de trabajar él el primero, sino de estimular como ningún otro el trabajo de los demás.

Con tal cúmulo de merecimientos, no es extraño que las potestades espirituales y temporales fijaran en él sus miradas para elevarle a las altas regiones de la jerarquía eclesiástica, donde se acrisolan los méritos y las virtudes se elevan, si es preciso, hasta el sacrificio.

El Obispo.

El año 1893, día de la Virgen del Rosario, recibió el Sr. Guisasaola la consagración episcopal.

Destinado a la Diócesis de Osma, vigiló y mejoró mucho el Seminario. Nombrado después Obispo de Jaén, no se contentó con mejorar el que allí había, sino que le hizo nuevo, y en una y otra Diócesis hizo la visita pastoral de todas las Parroquias, dándole un carácter de misión y de abundantes frutos espirituales, y seleccionando el Clero de tal manera, que en cuantas Diócesis rigió, ha logrado enaltecerle y dignificarle, haciéndole digno de su apostólico ministerio.

Pero donde mostró más estas grandes

dotes, y principalmente las singulares de gobierno, que siempre le han distinguido, fué en la Diócesis de Madrid-Alcalá.

Su obra en la capital de España durará siempre. La disciplina del Clero, el prestigio de su dignidad santa, su piedad e ilustración, la extirpación de elementos extraños, la adaptación de las normas pontificias al ejercicio del culto, el plantel de los futuros Ministros del Señor, la construcción de Templos Parroquiales, especialmente en los suburbios de la populosa urbe, fueron sus constantes anhelos, que el Señor le permitió ver en parte colmados. Cinco Templos y el grandioso Seminario, levantado sobre las ruinas de los antiguos Virreyes de Nápoles, quedaron en todo o en parte terminados.

La peregrinación de Párrocos a Roma, los cincuenta millares de fieles conducidos al Pilar de Zaragoza, el esplendor de las fiestas jubilares de la Inmaculada, la actuación personal en las principales funciones religiosas, la presidencia permanente de innumerables Juntas, la visita no interrumpida de la Diócesis, fulgores son de la actividad extraordinaria del entonces Obispo de Madrid.

El Arzobispo.

Gravísimas dificultades implicaba el gobierno de la Diócesis de Valencia. Era a raíz de aquellas algaradas injustas y vergonzosas promovidas contra el P. Nozaleda.

Los elementos radicales envalentonados con sus fáciles triunfos conseguidos sobre los indefensos devotos en las procesiones y jubileos, se habían enseñoreado de la Perla del Turia.

Frente a estos perturbadores procaces se vió el Sr. Guisasola al posesionarse de aquella Diócesis y les dió la batalla, en la que desplegó toda su pericia y virtud, y en la cual victorioso, vió rendidos a sus pies a los enemigos de Cristo y satisfecha a la bella y cristiana Valencia en la libre práctica de su fe.

Pero no fué esto sólo. Publicó además el Arzobispo magníficas Pastorales sobre la incredulidad, que han merecido ser traducidas al italiano, e Instrucciones sobre la intervención del Sacerdote en las obras sociales, cuyos preceptos han sido dados a todo el Clero del mundo por una de las Congregaciones romanas. Ha visitado los pueblos de la Diócesis. Ha vigilado el Seminario, y convocado oposiciones a Curatos. Ha dirigido admirablemente la acción social y ha realizado tantas obras, que para relatarlas necesitaríamos doble espacio del que tenemos.

Resumen.

Distinguese nuestro amado Cardenal por su carácter, a la vez dulce y enérgico; su vasta cultura, profunda inteligencia y asombrosa actividad, cualidades que le hicieron digno de la Sagrada Púrpura y de ocupar la más alta silla española, aquella que por su histórica importancia, fué siempre la predilecta de Roma.

Sea bienvenido entre nosotros y que el Señor, que le ha engrandecido, continúe prestándole sus gracias para que siendo, como en todas partes, luz y consuelo para todos, siempre puedan amarle nuestros corazones y nuestros labios alabarle y bendecirle.

II.

El nuevo Papa y el nuevo Primado.

A la vez que un nuevo Papa sube a la Silla de Pedro, se sienta también un nuevo Cardenal en la Silla de Eugenio. A un tiempo se inauguran estos dos Pontificados,

se ocupan la Cátedra Suprema y Primada del mundo católico y la Cátedra más gloriosa y Primada de España, y desde ellas dos nuevos excelsos Pontífices comienzan a regir los destinos de la Cristiandad toda y los de esta Nación, la más adicta siempre al Papado y la más tenaz e invicta en la Fe.

Ni paran las coincidencias en las fechas, sino que se extienden a muchas de las condiciones y a gran parte de la historia de los dos ilustres personajes. De noble abolengo ambos; de casi igual edad; de superior cultura; de actividad asombrosa, hija de un celo abrasador, los dos se conocieron en Madrid cuando Monseñor Della Chiesa se hallaba allí al lado de Rampolla, y entonces se compenetraron y trabaron amistad estrecha aquellos dos espíritus, gemelos por su alta mentalidad y por la rectitud y firmeza de su carácter, predestinados para grandes empresas y honrosas dignidades, y casi paralelamente han ido engrandeciéndose por sus méritos y elevándose en su carrera hasta ser creados Cardenales en el mismo Consistorio del pasado Mayo, y salir el uno de la poética y artística Bolonia para sentarse en el Solio Pontificio de la gran Roma, la Ciudad de los Papas, y el otro de la bella y florida Valencia para ocupar el trono Primacial de la pequeña Roma, de la Ciudad de los Reyes, asentadas ambas sobre siete colinas y en lo espiritual fundamentadas en las doctrinas inmovibles de la fe católica, ciudades poderosas y fuertes en otro tiempo, centros de la cultura y focos del saber, alcázares del valor, relicarios del arte, sagrarios de la piedad y religiosidad de muchas generaciones, y que, a pesar del trastorno que los siglos han ocasionado, no han perdido su grandeza augusta; brilla todavía inmarcesible la aureola de su nombre, debiendo todo el esplendor, que han tenido y que conservan, al poder eclesiástico que en ellas radica, que fué el principio de su celebridad y el que hará que una y otra perduren vivas y veneradas en la memoria de los pueblos y en los fastos de la Historia.

El mismo Papa, al dejar el título de los Santos Coronados que hasta ahora había ostentado, se le otorga al Cardenal de Toledo con preferencia a todos los que confirmara su Autoridad Suprema en el primer Consistorio público que celebró el día de la Natividad de Nuestra Señora; distinción que acredita todo cuanto hemos expuesto y que se hace no solamente al Prelado que la recibe, sino a la Nación y más bien a la Diócesis que éste representa y en la que nosotros vemos algo más que un honor: un símbolo que seguramente no escaparía a la mirada de águila del Jerarca Universal, el cual adivinaría, conociendo ya las grandes cualidades del así honrado, que éste como le seguía en el título, le secundaria en la acción sabia, prudente y eficaz para los intereses católicos generales que, a no dudarlo, ha de marcar esta nueva etapa del Pontificado Romano.

Y no es mucho predecir esto de un Pastor de Israel, cuyas enseñanzas luminosas y profundas en cuestiones las más complicadas y difíciles, han sido ya no solamente aprobadas y bendecidas por la Autoridad Pontificia, sino adaptadas íntegramente y sancionadas por esa misma Autoridad como normas comunes, propuestas para obrar según su letra y espíritu a la universalidad de los fieles.

Se acentúan, pues, en estos dos nuevos Pontificados las semejanzas que ya se han señalado en los que han precedido a éstos inmediatamente, porque parece que la mano de Dios, con singular complacencia y como si quisiera por completo ligar la suerte de nuestra Iglesia a la Cátedra Romana, ha elegido para entrambas, en los

últimos tiempos, a personas tan conformes en carácter y criterio, y por eso en los postreros años de León XIII, el Papa de los Obreros, gobernó esta Sede el Eminentísimo Sr. Sancha, el Cardenal de los Obreros, y al Pontificado de Pío X, el Papa de los humildes, correspondió el del Emmo. Sr. Aguirre, Cardenal todo humilde y sencillez, así como con el de Benedicto XV, cuyas particularísimas condiciones tan maravillosamente convienen para las difícilísimas circunstancias, por las que la Historia del mundo atraviesa, se desenvolverá el gobierno del Cardenal Guisasola, cuya perspicacia y prudencia en el mando, cuya elevación de ideas, profundo conocimiento de la sociedad y cuyas reconocidas virtudes, servirán no tan sólo para la prosperidad y florecimiento de la grey que se le confía, sino también para la discreta solución de las múltiples cuestiones político-religiosas que se agitan dentro de la Nación y para el encauzamiento de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, asuntos urgentes y que hasta que se resuelvan hacen igualmente que España cruce por una de las épocas de su historia más crítica y decisiva.

* * *

¡Benedicto XV! ¡El Papa que se necesita! Hoy, como en toda la vida de la Iglesia, la Providencia Divina ha colocado en la cumbre de la jerarquía eclesiástica a quien ya había adornado previsoramente con las dotes propias de tan sublime cargo y las más convenientes para los días en que ha de ejercerle.

Rota la paz entre los pueblos que más alardeaban de progreso y civilización; empujada una guerra, formidable como otra ninguna, y de la que además de los gravísimos trastornos materiales, nadie puede calcular las consecuencias en el orden moral y religioso, en el desarrollo de la Iglesia, en el orden de las relaciones entre las potestades públicas y la potestad espiritual, en el Vaticano ha de estar un Pontífice de consumada pericia, de suma discreción, condecorador de los secretos políticos y de los manejos diplomáticos, que no solamente sepa evitar los conflictos que a la Esposa de Cristo de este estado de cosas puedan originarse, sino aun servir de árbitro y mediador entre los Estados rivales y con sabiduría y prudencia apagar enconos y acallar desmedidas ansias y devolver de esta suerte al mundo civilizado la tranquilidad y la paz. Este Papa que se necesita es Benedicto XV. Todos sus biógrafos le asignan precisamente esas cualidades requeridas.

¡El Cardenal Guisasola! ¡El Primado que se necesita! La Sede Toledana, por ser la Primada—verdad inconcusa ya, porque de las mismas Iglesias de la antigua Península Ibérica que la discutían este privilegio, se han encontrado testimonios que le reconocen—importa sobre las funciones pastorales otra multitud de atenciones y deberes especialísimos. Es en España lo que la Sede Romana en el orbe católico, salvando las prerrogativas exclusivas de los sucesores de Cefas. De aquí parten y aquí convergen las iniciativas y movimientos. El Arzobispo de Toledo tiene honores de Capitán General, y, en realidad, más crecidos le pertenecen; es el generalísimo a quien, si bien tiene el Estado Mayor compuesto de los demás Prelados, le incumbe la alta inspección y dirección de las huestes católicas. El tiene en su mano los hilos de la acción religiosa y de las que conjuntamente han de desenvolverse, la política y la social; él ha de preparar los planes estratégicos y disponer los ataques y las defensas, y como a él ha de tributarse principalmente la razón del

éxito, sobre él puede recaer, de igual modo, la responsabilidad del fracaso.

Y todo esto adquiere mayores proporciones cuando las circunstancias, como las de los días actuales, entrañan tanta gravedad, porque cándidamente dormidos hemos dejado que avancen los de la izquierda y se apoderen de los resortes del poder y de las voluntades de la muchedumbre, entreteniéndonos los de la derecha en litigar sobre la mejor calidad de los colores políticos con que actuamos en la vida pública y que sobreponemos a lo sustantivo y esencial, a los principios católicos. Se trata, por tanto, de reconquistar todas las innumerables posiciones perdidas, y de lograr este resultado con un ejército dividido y desorganizado. ¡Labor ardua y peligrosa que exige en el que la acometa la intuición del genio y la audacia del caudillo, fortaleza incontrastable y táctica, muy sagaz, y al mismo tiempo, muy experimentada!

Todos los que conocen la historia del Cardenal Guisasola, y todas las diócesis y sitios donde ésta se ha ido desarrollando, aplauden en él estas cualidades. El que, no ha mucho tiempo llorábamos, también las poseía y, a su muerte, la Providencia nos ha deparado el Primado que se necesita.

Por este motivo nos produjo su elección tanto júbilo y entusiasmo; por lo mismo su venida nos causa hoy tanta alegría. Los que ansiamos el triunfo de Cristo sobre la sociedad, el imperio de su doctrina en la ley y en la conciencia pública, los que deseamos el progreso de la acción católica en España, y que ésta vuelva a ser intensamente cristiana, como lo era *antaño*, cuando precisamente por ser así, vigorosa y pujante, extendía su dominación e influencia a todas partes, saludamos en el nuevo Primado al enviado de Dios, para salvar y engrandecer a su pueblo.

Osma, Jaén, Madrid y Valencia, nos ofrecen de esto bastantes pruebas y prestan firmeza a nuestras esperanzas. Lo que en ellas ha hecho el Sr. Guisasola, impulsando poderosamente la vida cristiana, organizando las fuerzas y reduciendo al enemigo, eso lo hará desde aquí en toda la Nación.

La Iglesia de Toledo está de enhorabuena, lo está la de España toda; más aún, la Iglesia en general se muestra con razón jubilosa y alborozada.

Nosotros, por tanto, con todo el entusiasmo de hijos, de creyentes y de españoles, aclamamos al nuevo Prelado con estas santas palabras:

¡Benedictus qui venit in nomine Domini!

¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!

SALUTACIÓN

Al Emmo. Sr. Cardenal Guisasola.

I

Señor: Desde el humilde castillo donde guardo mis locos ensoñares de errante triste bardo que cruza por el mundo tras mágica ilusión, arrojé a vuestro paso de mi alma los amores y envuelta del carño entre las bellas flores de mi estro tosco y rudo, la más tierna canción.

Señor, que en vuestro oído resuene dulce y suave como rumor de brisa, como trinar de ave cuando al espacio lanza su trova matinal; y en ella sólo vea tu mente esclarecida la prueba más sincera, más pura y encendida de sumisión profunda, de sumisión filial.

Soy hijo de la Iglesia; soy un cristiano vate que a Jesucristo adora, que por la fe combate con el ardor guerrero de intrépido adalid. Soy un juglar que amante, ¡oh insigne Purpurado! se acerca a vuestro trono y a vuestros pies postrado os dice de su plecto los cánticos... Oid.

II

Venis desde Valencia, desde la hermosa y bella región de nuestra España, donde la excelsa huella de tu sabiduría, de tu bondad quedó,

a esta bendita tierra de la sin par Castilla, a esta ciudad invicta que es gloria y maravilla del Arte que en su suelo su inspiración grabó.

Los sabios Idefonsos, los inclitos Eugénios, y una jgigante pléyade de santos y de genios que brillan en el cielo de nuestra religión, sentáronse en el trono al que hoy subes gozoso, y dieron a su pueblo la paz dulce, el reposo con su bondad y ciencia, su amparo y protección.

Venís, Señor, y al veros Toledo, hidalga tierra, ciudad encantadora que en su recinto encierra magníficos tesoros del mundo admiración, rebosa de entusiasmo, de férvida alegría y con afecto ardiente en este fausto día os da su bienvenida, su fiel salutación...

Toledo, al recibirnos, de gozo se extremece, sueña su fantasía, y en ella se remece, visión encantadora, bellísima, ideal, y henchida de entusiasmo que su alma toda inflama se postra a vuestro paso y Padre amante os llama y os rinde pleitesía de amor puro y filial.

Y sueña... y en su sueño te ve, noble Prelado, vertiendo de tus labios raudal bello y sagrado de mágica elocuencia que cantó tu saber; y mira que tu pluma es látigo y es lira que a veces ruge airada o dúlcida suspira sintiendo las nostalgias del increado Ser.

Y sueña más... y goza, dichoso al contemplarte valiente tremolando, Señor, el estandarte de nuestra soberana y augusta religión; y al oír tu voz que, llena de amor y de cariño, vierte en la inteligencia de candoroso niño la luz del Catecismo del mundo salvación...

III

Señor: Desde el humilde castillo donde guardo mis locos ensueños de errante triste bardo te ofrezco de mi lira la más tierna canción. Señor, que en tus oídos resuene dulce y suave como rumor de brisa, como trinar de ave, como suspiro ardiente de amante corazón.

Soy hijo de la Iglesia, soy un vate cristiano que cruza de la vida el misero pantano de una ilusión risueña, de una quimera en pos, cantando las grandezas de esa virtud sublime, la Fe que regenera, que salva, que redime, que nos conduce al trono de nuestro excelso Dios.

Señor, a vuestro paso arrojé mis amores, y envuelta del cariño entre las bellas flores la más pura y ardiente filial salutación... Acógela en tu pecho ¡oh insigne Purpurado!, y al verme ante tu trono rendido, prosternado, dame, Pastor y Padre, tu santa bendición.

P. J. de Castro.

Talavera 18-9-1914.



Excmo. e Ilmo. Sr. Dr. D. Victoriano Guisasola y Rodríguez

Arzobispo de Santiago de Compostela.

Ofrecer un homenaje al Emmo. Cardenal Primado sin hacer memoria del esclarcido e insigne varón, cuyo nombre y retrato encabezan estas líneas, sería imposible.

Tío carnal de nuestro Prelado y mentor suyo, bien demuestran ambos las altas condiciones de su linaje ilustre y bien se revela en las sobresalientes virtudes, en los hechos notables, en la vida toda del Arzobispo de Toledo, la influencia de la educación y

formación que recibiera al lado del Arzobispo de Santiago. Como ostentan los mismos nombre y apellido, así brillan en los dos las mismas extraordinarias cualidades e idénticos notables rasgos.

El Excmo. e Ilmo. Sr. Dr. D. Victoriano Guisasola y Rodríguez nació en Oviedo el año 1822. Una piedad sólida y un amor intenso al estudio fueron las características de su infancia y de su juventud. Un corazón generoso y una inteligencia preclara completaban esas aptitudes, y en medio del respeto y admiración de cuantos le conocían, cruzó las aulas y los claustros docentes hasta llegar a alcanzar la meta de sus estudios, y en ella las palmas y la gloria de los mayores triunfos.

Cursó en la Universidad de Oviedo, en la que se doctoró con gran lucimiento en Sagrada Teología, y en la que, aun alumno, se le confió la explicación de asignatura tan importante como la Sagrada Escritura. A los dos años de haber sido ordenado de Presbítero, ganó una cátedra en renidísima oposición. Desempeñándola estuvo con general aplauso hasta que, al crearse el Seminario de aquella Diócesis, el Sr. Obispo le encargó en el de otra cátedra y de la dirección, que muy luego dió admirables resultados, experimentando con ello el nuevo centro y desde sus principios un crecimiento y empuje harto visibles en la disciplina y en la enseñanza.

En el año 1856 ganó por oposición la Penitenciaría de Sevilla, y bien pronto en la risueña y plácida Hispalis comenzó a despedir resplandores la luz cuyos destellos aún no se habían apagado en la grave y severa Oviedo. Profesor del Seminario y Secretario general de la Archidiócesis, obtuvo además, sucesivamente, las Dignidades de Tesorero y Arcipreste de aquella Catedral, y en todos estos cargos tales pruebas dió de su sabiduría y de su virtud, que ellas le abrieron el camino para otros más elevados.

Adornado de vasta y profunda erudición eclesiástica, eminente teólogo, orador elocuentísimo, pedagogo insigne, celoso e infatigable en el ministerio sacerdotal, enérgico defensor de los derechos de la Iglesia, la fama de sus talentos y de sus acciones llenó la España y trascendió por todo el mundo católico, mereciendo del Príncipe de la Cristiandad las más honrosas distinciones.

Fué nombrado Protonotario Apostólico y miembro de la Comisión *De regularibus*, y en tal concepto pasó a Roma cuando el Sumo Pontífice convocó a los más afamados teólogos, con objeto de que fueran preparando el estudio de los asuntos que habían de tratarse en el Concilio Vaticano. En estas sesiones preparatorias, así como en las de aquella Asamblea Euménica, a la que asistió como Teólogo consultor de su Prelado fué el Sr. Guisasola uno de los más conspicuos representantes de la Iglesia española y continuadores de la gloriosa tradición, que en los Concilios de la Iglesia, y especialmente en el de Trento, tejieron los canonistas y teólogos de nuestra Patria.

Para recompensar tantos y tan grandes merecimientos le eligió Su Santidad *motu proprio*, Obispo de Teruel. Dificiles había tornado aquellos tiempos la revolución; religiosa ésta, más que política, los objetos de su odio fueron más bien las cosas santas y las personas sagradas; la fe y la piedad sufrieron en tales días rudos quebrantos y la Iglesia de España lloró triste y enlutada sus desgracias.

La Diócesis de Teruel era una de las más trastornadas por esta causa y de las que, por tanto, ofrecía más riegos y compromisos para un Pastor; pero por esto mismo fué allí donde más resplandecieron las altas dotes del Sr. Guisasola, que ya

desde entonces y por éstas, tanto como por la dignidad de que fué investido, sería entre todos ilustrísimo. Injertada con la inflexibilidad nativa del astur, poseía la suavidad adquirida del meridional; con aquella resistió inquebrantable las acometidas de todos los enemigos de la religión, y con ésta y mejor todavía con su gran caridad, principio de todas sus acciones y alma de toda su portentosa vida, se adueñó de las voluntades de sus diocesanos que, a no tardar, trocaron la prevención con que le recibieron en veneración profunda, manifestada con lágrimas en el momento de despedirse de aquella Silla.

Estas condiciones de espíritu reformador, y como tal, prudente y abnegado, túvolas en cuenta el Papa Pío IX al erigir la nueva Diócesis de Ciudad Real y Priorato de las Ordenes militares y llevóle a ella con el fin de que la formase y ordenase.

Gran Maestre, por su cargo, de las cuatro Ordenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, se cruzó caballero de la primera en 1876, y como si con esta nueva insignia hubiese adquirido su carácter mayor desnudo y constancia, o tal vez para responder a la profesión de tal caballero, se redoblaron sus trabajos y esfuerzo en pro de la Fe y de la Iglesia. En Ciudad Real como en Teruel, como en todas partes, dejó luminosas huellas de doctrina y de bondad, y la nueva Diócesis bien pronto se levantó a considerable altura, imprimiéndola su sabio Prelado una organización tan sólida y perfecta, que aún hoy produce, y por mucho tiempo ha de producir, excelentes frutos.

Todos estos méritos y los obtenidos en la Diócesis de Orihuela, le elevaron a la Sede Metropolitana de Santiago que, como las anteriores por él ocupadas, esclareció con su nombre y con su vida, dejando imborrables recuerdos que ni con su muerte—santa y preciosa a los ojos del Señor y en esta ciudad acaecida—ni con el tiempo desde entonces transcurrido, ha podido desaparecer.

Y no solamente entre los hijos de Compostela, sino en toda España, perdurará su memoria perenne y gloriosa.

NUESTRO SALUDO

Ya repican las campanas porque llega a Toledo el que, desde la Silla Primada, ha de dirigir a los católicos de la Diócesis Toledana.

Ya llega el Emmo. Sr. Dr. D. Victoriano Guisasola; la ciudad viste sus mejores galas para recibirle con todo el esplendor que se merece, y sus vecinos acuden diligentes a saludarle, besar el anillo y recibir su bendición.

Los obreros de Toledo, por medio de estas cortas líneas, también le saludamos respetuosamente, y hacemos votos por que Dios conserve muchos años su vida, a fin de que pueda desempeñar el cargo para el que tan dignamente ha sido nombrado; cual Jefe de nuestra Iglesia y protector de los obreros españoles, como lo prueban las múltiples obras realizadas en favor de éstos en la Nación, y más principalmente en las provincias de Madrid y Valencia, donde últimamente ha tenido su residencia.

Sírvanos su llegada de aliento para seguir la obra de unión e instrucción que tenemos emprendida, y no desmayar en ella por muchas dificultades que se nos presenten, confiados en que, con su bondad y autoridad, salvará todas aquéllas y, velando por nosotros, nos encañinará al fin que todos deseamos.

Un obrero toledano.

Canónigo Catequista.

Son las dos de la tarde de un día festivo. En la plaza de la parroquia de Santiago de Ciudad Real, un enjambre de niños de menos de catorce años zumba y mantiene la animación en las calles afluentes. Juegan a la roma, corren, saltan, brincan. Mas he aquí que aparece por la esquina del convento de Dominicas un sacerdote joven, grave y afable a la vez; grave con la gravedad sacerdotal, afable en sus miradas y en sus palabras a los primeros niños que se le acercan.

—¡D. Victoriano! ¡D. Victoriano!, vocean los chiquillos, como ugieres palatinos en día de recepción.

Atraviesa D. Victoriano la ancha plaza entre la inquieta turba y pronto se oyen en el templo los cánticos del Catecismo y el murmullo de niños y catequistas en secciones.

D. Victoriano, después de recorrer las secciones, prepara la mesa, a que los niños han de ir a cambiar sus puntos por estampas. Tres o cuatro más oficiosos se ofrecen a ayudar al Sr. Canónigo, cobrando su trabajo con la sustracción tolerada de las más bonitas estampas.

A la media hora evolucionan y cantan los niños, se sientan en bancos paralelos y el Canónigo catequista les explica un pasaje de Historia Sagrada, con aplicaciones a la vida de los niños.

Cantan y salen los niños a la calle, y un grupo de los más graves, o más adictos, o más atrevidos, rodea al Sr. Canónigo, le ayuda a recoger el comercio de estampas y sale con él por plazas y calles, hasta que el catequista queda en su palacio.

Esta tarea apostólica, ejercida durante varios años, dejó honda huella en el alma de los niños: huella de instrucción, educación, gratitud, como se revela en el siguiente suceso:

El Canónigo catequista llegó al Episcopado y un día visitó Ciudad Real. El maquinista del tren había sido niño de la catequesis de Santiago, y durante el viaje de Manzanares a Ciudad Real, no pudo dejar su sitio. Miraba desde la máquina con placer los homenajes que los señores principales de cada pueblo hacían al querido Prelado en los andenes. Al llegar a Ciudad Real, el maquinista, lleno de grasas y de tizne, no temió abrirse paso entre los caballeros de la capital de la provincia, que se apiñaban junto al Prelado, y poniéndose delante de él,

—¡D. Victoriano!—le dijo—¿no me conoce Ud.?—Y echaba chispas de alegría su rostro ennegrecido—¡Soy aquel de la catequesis de Santiago!

El Prelado y el maquinista se abrazaron, emocionados por dulcísimos recuerdos.

Hoy el maquinista tiene por grande dicha suya haber sido niño del Catecismo del Cardenal Arzobispo de Toledo.

El Emmo. Cardenal Guisasola.

Su celo por los seminaristas.

Es el Seminario la niña de los ojos de todo Prelado, y hay que pensar así también de Prelado tan vigilante como el nuestro. Las noticias que sabemos de varias diócesis así lo confirman.

En Osma y en Jaén se presentaba con previo anuncio y también inesperadamente en las clases. En Jaén vió a los seminaristas mal instalados en edificio estrecho y levantó de planta un seminario muy semejante al de Toledo, en las proporciones y en la situación sana. En Madrid dió poderoso impulso a las obras del nuevo Seminario.

En Valencia escogió cuidadosamente el personal directivo, facilitó a los pobres la entrada en el Seminario, perfeccionó los estudios de la lengua latina, de la filosofía y del dogma, hizo espléndido salón de actos, que no había, y con justicia es allí llamado restaurador del Seminario. Ha presidido siempre las disertaciones públicas trimestrales, los exámenes de fin de curso y los exámenes para órdenes.

Fácilmente se comprende, con estos datos a la vista, cómo nuestro Emmo. Prelado influye directa y personalmente en la formación de los seminaristas, el agradecimiento que engendra en el ánimo de los jóvenes y el conocimiento que adquiere acerca de las cualidades de sus futuros sacerdotes.

El sucesor de San Ildefonso.

Qué dicha, Emmo. Señor, ser sucesor del gran Ildefonso, Arzobispo de Toledo. Gran gozo ha de experimentar el corazón de V. E. cuando considereis los profundos arcanos del gobierno de Dios en el mundo, elevándoos nada menos que a la Sede Primada de España; a la silla de aquel inclito varón, digno de continuar la serie apostólica de los elegidos por Jesucristo, nuestro Redentor, para fundar su Iglesia, con aquella prerrogativa esencial a su naturaleza, la infalibilidad, si quería que la verdad siempre permaneciera en ella; a la Silla de aquel varón que, ardiendo su corazón en amor a María, la Madre de Cristo, Dios-Hombre, y no encontrando cómo manifestar los efluvios de su amor, prorrumpe en sinónimos, que si la literatura tilda en el rigor de sus preceptos, y no tiene palabras para la versión a otra lengua distinta de la latina de los diversos grados de amor de San Ildefonso a María, el católico toledano se admira de la grandeza de santidad en que se inflamaba el excelso siervo de María, la que fué siempre Virgen *cum conceptu virgo, per conceptum virgo, in conceptu virgo, post conceptum virgo; per partum virgo, cum partu virgo, post partum virgo. Virgo cum nascituro, virgo cum nascente, virgo post filium natum.*

Este modo de confesar la virginidad de María, contra aquellos oscuros secuaces de Joviniano y Helvidio, a quienes fabulosos nombres ha dado Román de la Higuera, fué de tal agrado de María, que se lo premió a San Ildefonso con aquel don celestial que la misma Virgen pusiera en los hombros de su Santo Capellán.

Bien sabido es para todo toledano el prodigio verificado el 18 de Diciembre del año 666 o 667, cuando María, refulgente de esplendor y rodeada de ángeles, sentada en la misma Cátedra desde la que predicaba Ildefonso, le viste la casulla o dalmática que ha traído del cielo. Presente maravilloso, portento divino y justo premio a quien defiende la prerrogativa de la Señora; don únicamente concedido a María, porque únicamente María es la Madre de Dios.

Aquel don pudo ser poco tiempo conservado en la Catedral Toledana; tiempos angustiosos se dignó Dios mandar a España, en el siglo siguiente al que ocurrió el prodigio; unos hombres, defensores de Mahoma, invaden y llegan hasta Toledo, que se ve precisada a desprenderse de sus joyas más estimadas, las reliquias de los Santos, que son enviadas a tierra de Asturias, y allí, en la que fué luego capital primera de nuestra reconquista, se ha guardado el rico presente de María a San Ildefonso. ¿Se conserva hoy?

De allí, de Oviedo, nos envía la Santísima Virgen a su Capellán, para que, como desde niño, se inspiró en las tradiciones toledanas, y, particularmente, en la de San

Ildefonso, que recogía de la boca de sus padres, las continúe desde la Sede de San Ildefonso. El Santo, que será su protector, le pediría al Señor la gracia que transforma los corazones en amor divino, ilustra el entendimiento en relación a sus cargos y les da el valor para defender la verdad que ardentemente desea la voluntad.

Indudablemente el Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo es acérrimo y esforzado defensor de la verdad. La fama lo tiene divulgado no sólo en los contornos españoles, sino que personalmente, en Asamblea extranjera, lo ha perfectamente acreditado Su Eminencia. Los adornos con que reviste la majestad de la verdad, son deleitosos. Su lenguaje fácil, abundante, de escogido y rico léxico; su raciocinar fluido; su frase correcta y elevada; los asuntos que debate no anticuados, antes bien, en los que luchan en la novísima candente polémica que con la Religión tenga alguna relación. La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, le abre sus puertas en atención a las hermosas pastorales que publica de asuntos propios de esta Academia, y el 7 de Enero de 1909 lee el Sr. Obispo de Madrid-Alcalá su discurso de recepción en que nos asegura en estas palabras que al momento se le ofrece el tema que debía tratar: *¿Qué tema debía escoger para el presente discurso? Ni un momento he estado indeciso. Nótese hoy una lenta evolución que atrae la mirada de todos los pensadores, por referirse a los vínculos sociales más estrechos, la Autoridad y la Propiedad;* y el Sr. Obispo D. Victoriano Guisasaola y Menéndez, elige por asunto de su discurso la Autoridad, en lo que tiene de permanente y substancial, desenvuelto filosóficamente. En un artículo tan breve no puede darse cuenta de lo rotundo de sus afirmaciones, de la doctrina profunda en la razón y penetrante en la observación. El Sr. Cardenal siempre halla ocasión para defender la inconvencible verdad católica.

Si alguno pudiera dudarlo, pase su vista por el Prólogo que puso el Sr. Cardenal al Discurso del Excmo. Sr. D. Andrés Manjón, impreso con el título *Los Padres de Familia y el Problema de la Enseñanza*; entreténgase con las pastorales *El Magisterio de la Iglesia*, publicada en el año 1904; con la que el siguiente año dió a luz *La Autoridad de la Iglesia* y las siguientes *La Incredulidad Contemporánea: su Desarrollo y sus causas; La Incredulidad Contemporánea: sus efectos; La Libertad de la Iglesia con motivo del XVI Centenario Constantiniانو, Reflexiones y Consejos que el Arzobispo de Valencia dirige a los Maestros de Instrucción Primaria de su Diócesis*, y después de pensar un poco en los escritos del Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, dígame si no será defensor decidido de la verdad católica y de la Virgen Madre, cual nuestro paisano San Ildefonso.

Sea bienvenido a la Iglesia Primada de Toledo, y que el Espíritu Santo le llene de gracias para que salude a la Madre Virgen de Dios con la efusión con que dijera San Ildefonso. *Domina mea, dominatrix mea, dominans mihi, mater Domini mei.*

Anacleto Heredero.

Al Emmo. Sr. Cardenal Guisasaola Primado de las Españas.

Hubo un día que Toledo
lloró con amargo llanto;
nuestro Pastor, que era un Santo,
para siempre nos dejó.
Al seno de Dios volando
el alma ferviente y pura
dejó en humilde envoltura
la carne que ennobleció.

Sentimos nuestra orfandad
con sin igual desconsuelo,
mas confiando en el Cielo
la fe en el Dios de Israel.
Y El piadoso y compasivo

mitigó nuestros pesares,
enviando a nuestros lares
otro semejante a aquél.

¡Oh! Príncipe venerable
de virtud esclarecida,
que cual prenda bendecida
desde allá fué designada.
Gran dicha en suerte nos cupo,
pues elección tan gustosa
fué promesa venturosa
para esta Iglesia Primada.

Sed bienvenido a la Patria
del gran Ildefonso, y sea
vuestro reinado quien vea
la paz de Cristo brillar.
Que entre respetos y amores
vida gocéis prolongada,
porque labréis más cuidada
la eterna que habéis de hallar.

Al pie del mar recostada
dejáis la beldad graciosa,
la sonriente, la hermosa,
la rica perla cristiana.
Secando en sus velos, queda
los ojos, y el pecho lleno
de duelos, que el Padre bueno
marchó a cuidar a otra hermana.

Hermana en bélico ardor
y en las liras que empañaron;
hermanas, porque adornaron
un día morisca sien.
Y hermanas por su entusiasmo,
y hermanas por su destino,
que aunque en distinto camino,
el mal halla y busca el bien.

Sed bienvenido y que irradie
de vuestra sien luminosa
la luz divina y gloriosa
que esparce la santidad.

Y hoy que llegando afanoso
os brinda el pueblo cariño,
del más anciano al más niño,
dignáos bendecir Vos.
Que en la bondad confiados
y con amor dirigidos,
obedeciendo rendidos,
caminarán hacia Dios.

Francisca Permuy.

Toledo Septiembre 1914.

Mirando al futuro.

La Historia se repite. Hé aquí que volvemos a la Edad Media; porque lo único que se desprende de la épica lucha actual (guerra de milenario) es que ha fracasado el Renacimiento....

Pero entendámonos, el *renacimiento pagano* que empieza en la muerte de los *gremios cristianos* y acaba en el parlamentarismo moderno.... Mas hay un renacimiento que no perece, que no debe perecer, y es el de las Bellas Artes, que hablan de posibles perfecciones del hombre....

Por eso quisiéramos ver a Toledo vuelto a la época de su indubitable apogeo, la época de los Concilios, base y asiento de la Patria, una religiosa, política y socialmente, cuna del derecho cristiano, fuente de la verdadera democracia.... Quisiéramos ver la restauración de la Basilica de los Concilios, de la *Basilica de Santa Leocadia*, orientada hacia el pasado, pero sin abdicar de lo que significa progreso en las Artes; que es en la cruenta guerra que asola Europa a la hora presente, y se arrasa Lieja, pero se respeta su Ayuntamiento, verdadera joya arquitectónica....

Y el Prelado que llega, el Cardenal Guisasaola, síntesis de sus dos ilustres antecesores, Sancha en la visión política y Aguirre por el celo pastoral disciplinario, es también artista. Nos consta.

Una de sus primeras obras en Valencia fué la requisa y catalogación debida de las antigüedades dispersas por Parroquias y Conventos; para eso, para amalgamar con el progreso el hábito medioeval, alma de la Patria, que de ellas se desprende, como base de una restauración futura, que se siente, que se adivina en las lágrimas, en los dolores, en la sangre que vierte Europa con convulsiones de puerperio....

La Historia se repite. Cien años, en

frase de la Escritura, es la vida del hombre; mil la de las sociedades, según los pensadores....

Preparémosnos a recibir al nuevo ser que alumbrará; Europa quizás desaparece, quizás llegan nuevos *bárbaros*, ahora del Oriente; pero la obra de la cultura, del perfeccionamiento humano, no se pierde, porque ese nuevo ser, como hace mil años, depondrá su barbarie y su rudeza ante el mágico esplendor de las Bellas Artes.

Toledo es un museo, es artista su pueblo.
¡Venga esa restauración de Santa Leocadia y de allí volverá la nueva Patria!

Ventura F. López.

El Palacio Arzobispal.

En todas las obras históricas y descripciones de la Ciudad de los Concilios, se consigna que el suntuoso, extenso y medioeval *Palacio Arzobispal* toledano, fué construido sobre los cimientos de la casa que habitaran Prelados de los tiempos visigodos de la época mozárabe y de los días de la reconquista, siendo esto admitido sin la menor diatriba.

Menciónanse sus salones, Concilios, sus artesanos, sus columnas y patios, sus vetustas escaleras, sus librerías y archivos diocesanos, sus talaveranos azulejos, sus pinturas al óleo, sus grabados, sus objetos de arte, sus cuadros de *Los Concilios de Toledo* y otras riquezas.

Lo que no es del conocimiento general, es que el antiguo Palacio Arzobispal tenía, como el de nuestros días, un *arco o pasadizo* para comunicarse con la Catedral Primada y en el mismo sitio, junto a la *Torre mayor* de la visigoda metrópoli—que estaba dotada de otras muchas torres o minaretes—y pegado, o mejor dicho, adosado a una *hostería* que tuvo su zaguán y azotea a la *calle* que entonces—a poco de la reconquista—y hoy lleva el nombre del *Arco de Palacio*, noticia que se encuentra en los estudios sobre las *Escrituras Mozárabes de Toledo* del Sr. Pons y Boigues.

La *Casa Arzobispal* está siendo, como en otras, en esta fecha reformada, cambiando el destino de algunas habitaciones, dotándola de calefacción general, embelleciendo su sencilla escalera, instalando jardín en su Patio mayor y decorando y nivelando el piso y paredes de su entrada principal, por requerirlo así su estado modesto y la jerarquía de los Principes de la Iglesia Católica que la habitan, pudiendo, desde ahora en adelante, llegar en automóvil los Prelados y los Personajes hasta el pie de la Escalera de honor, cosa que desde hace siglos se efectuaba ingresando por la puerta de carruajes.

J. M.

Explicación y ofrecimiento.

En lugar de recibir el BOLETÍN de nuestra Parroquia, recibes, lector querido, el primer número de EL PUEBLO. ¿Es que ha dejado de publicarse el BOLETÍN? Sí y no. Ha dejado de publicarse en aquel tamaño y con aquel nombre; pero su espíritu seguirá informando el nuevo periódico que lees ahora.

Es que aquella pequeña publicación ha salido ya de la infancia, ha crecido, se ha vestido de largo y ha elegido para ello la fiesta del Padre y la fiesta nuestra, la venida del Pastor, que tanto ama y hace por el pueblo; y como este periódico quiere inspirarse totalmente en las sabias enseñanzas y orientaciones del nuevo Prelado, por eso ha tomado el título que lleva y viene a la luz pública cuando a nosotros viene, de quien tanto espera la Iglesia de Toledo.

Reitera, pues, este periódico las promesas de adhesión y sumisión que hizo cuando en otra forma apareció a nuestro Emmo. Prelado, y como entonces, ahora suplica y espera su bendición como garantía de bienandanza y progreso.